

SECCIÓN TERCERA

Héroes y Semidioses

1. Prometeo

PROMETEO, el más célebre de los Titanes, era hermano de Epimeteo e hijo de Japeto.

Dotado de gran ingenio, consiguió formar un hombre con barro y comunicó la vida a esta masa inerte con una centella del carro del sol. Júpiter miró siempre con envidia esta obra admirable y ordenó a Vulcano que formara, a su vez, una mujer y la diera a Prometeo por esposa. Esta mujer, que fue la primera que existió sobre la tierra, llamóse **Pandora**. Nada de más bello era posible, y la asamblea de los dioses quedó de tal modo maravillada, que la colmó de dones.

Minerva concedióle la sabiduría, Mercurio la elocuencia, Apolo el talento para la música y Júpiter añadió a todos estos presentes una magnífica caja cuidadosamente cerrada que Pandora debía ofrendar a su esposo como regalo de boda.

Así, colmada de dones espirituales y de encantos físicos, Pandora fue conducida ante Prometeo a quien había sido destinada. Astuto por naturaleza, Prometeo receló de los presentes de un enemigo y no quiso recibir ni a Pandora ni la caja, y puso en guardia a su hermano. Epimeteo prometiéndole ser precavido, pero al ver a Pandora olvidóse de la promesa. Aceptóla por mujer y abrió la caja misteriosa en que se hallaban encerrados todos los males que pueden afligir a la raza humana (enfermedades, guerras, hambres, querellas, calamidades) que se extendieron muy pronto por toda la tierra. Horrorizado ante tal visión, Epimeteo cerró la taja, pero era ya demasiado tarde no quedaba ya dentro más que la esperanza.

Prometeo quiso pagar a Júpiter engaño por engaño. Con este intento sacrificó dos bueyes, introdujo en la piel de uno de ellos la carne de las dos víctimas y en la piel del otro sólo puso los huesos; inmediatamente ofrendó al rey de los dioses los dos presentes rogándole que escogiera. Júpiter cayó en el engaño; escogió la piel que no contenía sino los huesos. Su cólera no reconoció límites y ordenó a Mercurio que se apoderara de Prometeo, le transportara sobre la cima del monte Cáucaso y le dejara allí atado, añadiendo a este suplicio que un buitre debía devorarle las entrañas durante treinta mil años. La parte devorada se renovaba constantemente, con lo cual el tormento no tenía fin posible. De tal guisa durante muchos años sufría atroces dolores, cuando Hércules vino a Escitia y mató el buitre.

Esta fábula ha tenido diversas interpretaciones. Algunos autores creen que Prometeo fue un escultor que hizo estatuas tan perfectas que parecían palpitantes de vida; otros afirman que fue un amigo de la humanidad que prestó a los mortales eminentes servicios. Antes de su venida, los hombres, bárbaros e ignorantes, no sabían ni pensar ni razonar; abrían los ojos y no veían nada, escuchaban y no oían. Prometeo les enseñó a trabajar la madera, preparar el ladrillo y construir sus moradas, gracias a sus consejos y destreza, impusieron el yugo a los animales, engancharon los caballos al carro, navegaron a través de los mares y distinguieron las plantas saludables de las nocivas. Tanta sagacidad e ingenio llevaron a todos los confines de Grecia la fama de que Prometeo tenía el don de la profecía, que desentrañaba el porvenir y que los celos de los dioses se habían conjurado contra él.

2. Atlas

ATLAS, hijo de Japeto y hermano de Prometeo, hizo causa común con los enemigos de Júpiter en la guerra de los Titanes, aunque Prometeo le hubiese ya revelado por qué partido se decidiría la victoria y le hubiese recomendado la prudencia. Vencido Atlas, fue trocado en montaña y condenado a llevar eternamente sobre sus espaldas la bóveda aplastante de los cielos.¹

Las sobrinas de Atlas, llamadas Hespérides, habitaban en la Mauritania en casa de un tío suyo y cultivaban un jardín magnífico, cuyos árboles, cargados de manzanas de oro, excitaban la codicia de los hombres y los dioses. Un dragón de siete cabezas, encargado de custodiar la preciada fruta, se hallaba a la entrada del jardín con los ojos siempre abiertos.

Euristeo mandó a Hércules que se procurara tres de estas manzanas y se las llevara. La empresa era difícil y Hércules desconfiaba de poderla llevar a término. Por eso se dirigió al dios-montaña y le rogó que fuera personalmente a combatir o aletargar al dragón y coger la codiciada fruta.

Atlas aceptó el compromiso, siempre que Hércules, mientras se realizaba la empresa, se comprometiese a sustituirle sosteniendo sobre sus espaldas el peso de los cielos. El héroe se avino a ello, y poco después advirtió con extrañeza que Atlas se hallaba ya de regreso con la preciada fruta y sin mostrar el menor propósito de ocupar de nuevo su puesto; por el contrario, hizo presente a Hércules su deseo de llevar personalmente las manzanas de oro a Euristeo, y su ruego de que el héroe, mientras se realizaba el viaje, siguiese sustituyéndole en su abrumador cometido de ser columna sustentadora de la bóveda celeste.

Hércules, chasqueado, urdió a su vez otra astucia, y dijo a Atlas que de buena gana se prestaría a hacerle este servicio con tal que le concediese el tiempo necesario para construirse una especie de cojinete que atenuase el esfuerzo de su dolorida espalda. Atlas, sin recelo alguno, cargó nuevamente con el peso celeste y dejó sobre la arena las tres manzanas; apoderarse de ellas y desaparecer, fue para Hércules cosa de pocos momentos.

Las **Hespérides** eran siete, siendo Maya y Electra las más conocidas. Todas ellas se unieron en matrimonio con dioses o con héroes, y después de su muerte fueron colocadas en el firmamento donde permanecen agrupadas formando la constelación de las Pléyades. Algunas veces se da a las Hespérides el nombre de **Atlántidas** o **Pléyades**, pero entonces son consideradas no como sobrinas sino como hijas directas de Atlas.

Las **Híades**, hijas de Atlas y Etra, eran siete como las Hespérides. La muerte de su hermano Hías, devorado por una leona mientras cazaba, les causó tal desesperación que le lloraron durante muchos años hasta que los dioses, movidos a compasión ante su lamentable estado, las transportaron al cielo donde quedaron convertidas en estrellas lluviosas, es decir, que producen las lluvias, circunstancia a que deben los calificativos de *tristes, sombrías y borrascosas* que les han dado los poetas.

3. Hércules

HÉRCULES o ALCIDES, héroe tebano e hijo de Júpiter y Alcmena, estaba aún en la cuna cuando Juno, enemiga suya, envió dos serpientes para que le devorasen, y apenas el pequeño las vio, cogiólas con sus

¹ Según otros, Atlas fue cambiado en montaña por Perseo.

manitas y las estranguló. Hércules tuvo muchos maestros: Euristo enseñóle a tirar con el arco, Castor a luchar perfectamente armado, Autólico a guiar el carro, Lino a tocar la lira y cantar. Confiado desde muy joven al centauro Quirón, llegó a ser el hombre más valiente y más famoso de su tiempo. El eco de su fama llegó muy pronto a oídos de Euristeo, rey de Micenas, al cual Hércules, por un decreto de la Suerte, se hallaba sujeto². Este tirano le llamó a su corte y le recibió duramente, ordenándole que realizara doce temerarias empresas llamadas *trabajos de Hércules*, de las cuales haremos un sencillo relato.

1. Cerca de la villa de Nemea vivía un león que devastaba los campos. Este animal, engendro del gigante Tifón, era de una corpulencia descomunal y llenaba de espanto todas las comarcas vecinas. Hércules, cuando apenas contaba dieciséis años, le atacó agotando todas las flechas de su carcaj contra su piel impenetrable, le golpeó con su maza de hierro hasta romperla y finalmente le ahogó entre sus brazos. Desde entonces la piel de este león le sirvió de vestido.

2. Una hidra espantosa desolaba las tierras de Lerna, cerca de Argos. Este monstruo tenía siete cabezas y cuando se le cortaba una de ellas brotaban otras dos en su lugar. Hércules cortóselas todas de un solo golpe. Los sabios creen que esta hidra de muchas cabezas personifica las innumerables serpientes venenosas que infestaban algunas llanuras pantanosas próximas a Lerna y que al parecer renacían a medida que eran destruidas. Hércules juzgó lo más obvio prender fuego a los cañaverales que les servían de guarida y por este sencillísimo medio libró la comarca de estos reptiles.

3. Euristeo mandóle también que le llevara viva una cierva que tenía los cuernos de oro y los pies de bronce, moraba en el bosque del monte Ménalo y corría con extraordinaria velocidad. Hércules la persiguió sin descanso durante doce meses hasta que la hizo caer en una trampa y la llevó viva a Euristeo.

4. Se le ordenó que librara a la Arcadia de un furioso jabalí que devastaba la región. Hércules le apresó en el bosque de Erimanto y lo condujo ante Euristeo, el cual al verlo se sintió presa de gran espanto y corrió a refugiarse bajo un tonel de bronce.

5. Acometió después una hazaña tan heroica como difícil. Augias, rey de Elida, tenía un rebaño de tres mil vacas cuyos establos no habían sido limpiados en treinta años. Hércules, para desinfectar el país, desvió el curso del Alfeo e hizo pasar sus aguas por los establos. El río arrastró las inmundicias y este trabajo fue para él obra de un solo día.

6. Cerca de un lago llamado Estinfalia, en Arcadia, moraban unos pájaros monstruosos que se alimentaban de carne humana; sus alas, su cabeza y su pico eran de hierro, y sus uñas más corvas que las de los buitres. Hércules los ahuyentó haciendo retumbar unos címbalos de bronce, los expulsó del bosque en donde se guarecían y los mató a flechazos.

7. En la isla de Creta había un toro indomable enviado por Neptuno para sembrar la desolación en sus confines. Hércules, después de agarrarlo se lo ofreció a Euristeo.

8. Diomedes, rey de Tracia, tenía unos feroces caballos que vomitaban llamas y a los cuales su amo alimentaba con carne humana. Hércules domó estos caballos y los envió a Diomedes a quien devoraron en un abrir y cerrar de ojos.

² La Suerte había declarado al efecto de Hércules y Euristeo que el que naciera el último obedecería al primero. Juno, que detestaba a la familia de Hércules, adelantó en dos meses el nacimiento de Euristeo.

9. Las Amazonas eran mujeres guerreras que moraban en el Asia Menor, a lo largo de las costas del Ponto Euxino. Hacían perecer o destrozaban a sus hijos y educaban cuidadosamente a sus hijas en la profesión de las armas. Euristeo encargó a Hércules que las sometiera y le llevara el cinturón de Hipólita, que era su reina; gesta verdaderamente difícil y en extremo laboriosa, para la cual Hércules se asoció con Teseo, su más esforzado amigo. Llegados juntos a las costas de Capadocia, atacaron este poblado de mujeres, dieron muerte a buena parte de ellas, dispersaron las restantes y llevaron cautiva a su reina.

10. Gerión, rey de la Bética, era un gigante constituido por tres cuerpos, que tenía custodiados día y noche sus ricos rebaños por un can de siete cabezas. Hércules recibió orden de entablar combate con este rey, arrebatarse sus rebaños y conducirlo a Grecia. Secundado por Yolas, consanguíneo suyo, llevó a cabo este nuevo trabajo con éxito completo.

11. Seguidamente marchó a Mauritania para arrebatarse las manzanas de oro del jardín de las Hespérides. Esta preciosa fruta estaba guardada por un dragón que no dormía jamás. Atlas, para facilitar a Hércules el logro de su cometido, adormeció al dragón y recogió las manzanas de oro, mientras Hércules sostenía el cielo sobre sus espaldas.

12. El último de estos trabajos fue también el más decisivo. Euristeo le ordenó que bajara al Tártaro y arrancara de allí al Cancerbero que era el guardián de aquellos lugares. Hércules no retrocedió ante semejante orden, bajó al imperio de las sombras, encadenó al monstruo y lo arrastró fuera del dominio de los infiernos a pesar de su obstinada resistencia.

Hércules adquirió por estos doce trabajos una gloria infinita. Todos los príncipes le respetaron y le temieron; el mismo Euristeo que le había expuesto a tantas pruebas, empezó a desconfiar de él; pero Hércules, despreciando una venganza fácil, no se preocupó sino de exterminar a los criminales y a los tiranos que oprimían la tierra.

Busiris, rey de Egipto, inmataba en honor de Júpiter y sin clemencia alguna, a todos los extranjeros que llegaban a sus estados: Hércules debía sufrir los mismos tratos. El héroe, sin defenderse, se dejó conducir, cargado de cadenas, al ara en que debía derramar su sangre; pero apenas hubo llegado al lugar del sacrificio, después de romper los hierros que le aprisionaban, con el mismo cuchillo que debía sacrificarle exterminó a Busiris y a toda la familia real.

El famoso ladrón **Caco**, hijo de Vulcano, había establecido su morada en Italia, en las riberas del Tíber, en el mismo lugar donde más tarde se levantó la ciudad de Roma. Vivía retirado en lo más escondido de su antro y de allí no salía sino para desolar el país con sus fechorías. Monstruo, mitad hombre y mitad sátiro, de una estatura colosal, vomitaba torbellinos de fuego y su caverna estaba sembrada de huesos humanos, Hércules, después de derrotar a Gerión, acertó a pasar junto a la morada de Caco, rompió la enorme piedra que obstruía la entrada, se adelantó hacia el malvado, le sujetó a pesar del fuego que vomitaba y le estranguló.

Anteo, hijo de Neptuno y de la Tierra, medía cien pies de altura. Puesto en acecho en los arenales de Libia, obligaba a los viajeros a luchar con él y los aplastaba con el peso de su cuerpo.

Era un atleta tan diestro, que había hecho voto de levantar a Neptuno un templo con los cráneos de los adversarios por él vencidos. Provocado Hércules a combate por este gigante horrible, nuestro héroe lo derribó en tierra, pero en vano, porque la Tierra, su madre, le daba nuevas fuerzas siempre que con ella se ponía en contacto. Advertido Hércules de este singular prodigio lo levantó en el aire y lo ahogó entre sus brazos. Después de llevar a cabo esta penosa hazaña, Hércules, cediendo al cansancio, se durmió

sobre la arena y durante su sueño fue asaltado por una multitud de Pigmeos, seres fabulosos que formaban un pueblo enano, tenían solamente un pie de estatura, edificaban sus casas con cascara de huevo, viajaban sobre carros tirados por perdices y segaban sus trigales con hachas al modo que nosotros lo haríamos para talar un bosque. Cuando las grullas u otros pájaros les hacían la guerra, los Pigmeos se pertrechaban con todas sus armaduras, montaban sobre cabritos o corderos y así equipados iban al encuentro del enemigo. Para atacar a Hércules tomaron las mismas precauciones que si se tratara de poner sitio a una ciudad. Las dos alas del ejército liliputiense irrumpieron sobre cada uno de sus brazos. El cuerpo de batalla dio un asalto a la cabeza y los arqueros dirigieron sus flechas contra el pecho. Despertado Hércules al oír este ruido, no pudo contener su risa y después de envolver al singular hormiguero en su piel de león los depositó vivos ante Euristeo.

Finalmente, habiendo penetrado durante sus expediciones hasta Gades, en los confines de España, pensó haber llegado a los límites del mundo y separó dos montañas llamadas Calpe y Abila (una de las cuales está en la costa española y la otra en la africana) para poner en comunicación el Atlántico con el Mediterráneo. En la cima de estas montañas levantó dos columnas destinadas a mostrar a las generaciones futuras que hasta allí había llevado sus gestas gloriosas, y grabó en ellas esta lacónica inscripción, que desde entonces se ha hecho proverbial: *Non plus ultra*.

Los hechos extraordinarios realizados por Hércules llegaron a oídos de **Onfale**, reina de Lidia, la cual ardió en vivos deseos de conocer a este héroe incomparable. Desde su primera entrevista, le amó y se vio correspondida. El hijo de Alcmena, seducido por su belleza, se avino, para complacerla, a las más serviles condescendencias y a sumisiones indignas de su gloria.

Onfale ordena, Hércules obedece. La reina le despoja de su piel de león, arroja su tosca maza, rompe sus flechas, le viste con ropaje femenino, coloca en sus manos la rueca y el huso y le ordena que trabaje. Con aquellas manos con que aterrara a los monstruos, Hércules hila los vellones de lana para complacer a una mujer caprichosa que se goza en su apuro y le pega cada vez que por desgracia rompe o enreda el hilo. Apenas pudo Hércules sacudir el yugo envilecedor, concibió una ardiente pasión por Deyanira, que estaba destinada a ser la esposa del río Aqueloo. Aqueloo no se avino a ceder su prometida y para conservarla luchó con Hércules cuerpo a cuerpo siendo derribado. Entonces tomó la forma de una serpiente y con espantosos silbidos pretendió amedrentar al héroe; Hércules le sujetó por la garganta y estaba ya a punto de ahogarle cuando Aqueloo se transformó en toro. Hércules no se inmutó, le agarró por uno de sus cuernos y no cesó hasta que se lo hubo arrancado. Las ninfas lo recogieron, lo llenaron de flores y frutas y éste fue el cuerno de la abundancia.

Esta fábula ha tenido, entre otras interpretaciones, la siguiente: Aqueloo era un río que arrasaba las campiñas de Etolia con sus frecuentes inundaciones; Hércules levantó fuertes diques para encauzar al río. La metamorfosis de Aqueloo en serpiente indica las sinuosidades de su curso, su posterior transformación en toro significa los estragos causados con sus desbordamientos. Hércules le arrancó un cuerno o sea que reunió en un solo lecho los dos brazos del río, y este cuerno fue el símbolo de la abundancia, porque la normalización del curso del río fue una fuente de riqueza para el país que recorría.

Hércules, después de vencer a Aqueloo, llevábase a su querida Deyanira a Tirinto³ cuando tuvo que detenerse en la ribera del Eveno acrecido por las lluvias. No sabía qué partido tomar, temiendo exponer

³ Tirinto, ciudad del Peloponeso, era una de las principales residencias de Hércules, llamado el héroe de Tirinto.

a Deyanira al peligro que ofrecía el curso rápido de las aguas, cuando el centauro Neso que por allí pasaba y que conocía los sitios vadeables del río, se ofreció a conducir a la joven princesa, sobre sus espaldas, a la ribera opuesta. Hércules se la confió pero no sin inquietud; lanzó a la orilla opuesta su arco y su maza guardándose el carcaj y atravesó el río a nado. Llegaba ya a la otra parte cuando oye los gritos de Deyanira que implora su socorro, pues el centauro agarrándola fuertemente huye con ella. «Temerario — le grita Hércules—, la velocidad que te dan tus cuatro pies podrá salvarte de mi persecución pero no de mis flechas». Inmediatamente el héroe dispara uno de sus dardos, que atraviesa al centauro de parte a parte. Aquella flecha estaba envenenada. Neso sintiéndose morir piensa aún en vengarse; coge su túnica, empapada en sangre y veneno, la ofrece a Deyanira y la persuade de que posee la propiedad de avivar el cariño conyugal y devolver a sus esposas los maridos inconstantes.

Algunos años después Deyanira quiso utilizar aquel misterioso presente. Habiendo sabido que Hércules se hallaba en Eubea, retenido al lado de Iole, hija de Eurito, envió al esposo voluble, por conducto de Licas, la túnica de Neso. Hércules recibió gozoso el inesperado obsequio, pero apenas la túnica fatal hubo tocado su cuerpo se sintió devorado por un fuego interior pues el veneno había penetrado hasta sus venas. Lleno de rabia y fuera de sí coge a Licas y lo arroja al mar y como los dolores se recrudeciesen, lanza gritos espantosos vomitando imprecaciones contra Euristeo, Juno y Deyanira.

Viendo Hércules que su mal no tiene remedio y que se acerca su muerte, derriba sobre el monte Eta algunos grandes árboles y con ellos levanta una pira, sobre la cual extiende la piel del león de Nemea, se acuesta allí como sobre un lecho con la cabeza apoyada sobre su maza y ordena a Filoctetes que prenda fuego. Cuando las llamas envolvían ya la pira y los dioses desde la cumbre del Olimpo contemplaban con dolor la muerte de un héroe que tantos servicios había prestado a la humanidad, Júpiter les dijo: «No temáis, Hércules triunfará de esas llamas; la vida que de mí recibió no puede perecer y cuando esté purificado por el fuego, vendrá a sentarse entre nosotros en las mansiones celestes y todos vosotros aplaudiréis esta merecida distinción». Los dioses celebraron la apoteosis de Hércules, y la propia Juno dio su beneplácito concediéndole por esposa a su hija Hebe, diosa de la juventud.

Iolas, sobrino y amigo de Hércules, le había acompañado en las expediciones más peligrosas combatiendo a su lado y desplegando en todos los encuentros tanto ardor como valentía. Separado de Hércules, hizo a la familia de este semidiós, entonces tan abatida y desesperada, objeto de su solicitud; reúne los Heráclidas (nombre con que se designa a los descendientes de Hércules), les hace tomar las armas, aviva su entusiasmo y se adelanta a su cabeza contra Euristeo, en la Argólida. Auxiliado por un ejército ateniense, Iolas entabla un combate terrible en el cual sucumbe Euristeo con sus cinco hijos (algunos escritores atribuyen esta victoria a Hyllus, hijo de Hércules y Deyanira). La muerte de Euristeo, que forma época en la historia, ocurrió hacia el año treinta, antes de la guerra de Troya. Atreo, yerno de este rey, le sucedió sin oposición y ocupó el trono de Argos y Micenas.

4. Perseo

Un oráculo había revelado al rey de Argos, Acrisio, que sería muerto por su nieto. Atemorizado por esta predicción, Acrisio encerró a Dánae, su única hija, en una torre de bronce y rehusó darla en matrimonio a todos los príncipes que la solicitaron; pero el rey de los dioses, que la amaba, queriendo introducirse hasta donde ella moraba, se transformó en lluvia de oro y de este modo penetró en la torre o, según otros, un ilustre personaje llamado Júpiter prodigó a manos llenas este metal entre los soldados que

guardaban a Dánae con el fin de sobornarlos; la raptó y se desposó secretamente con ella. De este matrimonio nació PERSEO.

Acrisio, más atento a las amenazas del oráculo que sensible al amor de padre, cogió a Dánae y su hijo y los abandonó en una frágil barquilla en medio de las olas agitadas por un fuerte vendaval. Su muerte parecía ya inevitable pero un dios velaba sobre la navicilla, que fue arrastrada por el viento hasta la isla de Serifea, en cuya ribera fue recogida por un pescador llamado Dietys. Este condujo a la madre y al niño a presencia del rey Polidecto que recibió a Dánae con benevolencia y encargó a los sacerdotes del templo de Minerva que cuidaran de la educación del pequeñuelo.

Veinte años después, la bravura de Perseo y el afecto que el pueblo le tenía oscurecieron la gloria de Polidecto, el cual buscó un pretexto razonable para alejarlo de su presencia; halagó las ambiciones del joven con promesas de triunfos y laureles y le propuso que se preparara para una expedición brillante aunque difícil. Tratábase de ir al encuentro de Medusa, que era una de las Gorgonas, para luchar con ella y cortarle la cabeza. Medusa en vez de cabellos tenía serpientes y por su aspecto asqueroso convertía en piedras a todos los que la contemplaban. Perseo aceptó sin titubeos tal proposición y los dioses vinieron en su ayuda. Minerva le cedió su escudo, luciente como un espejo; Mercurio sus talares y una espada de diamante; Plutón, un casco que le hacía invisible. Armado con esta triple defensa se trasladó a la otra extremidad del océano, hasta la espantosa morada de Medusa a la que halló sumida en aquellos momentos en profundo sueño como también a las culebras que erizaban su cabeza. Minerva guió el brazo del héroe que mantenía a su lado el escudo, en el cual se reflejaba la cara del monstruo que no se atrevía a mirar. De un golpe cortóle la cabeza. Las otras Gorgonas, que se habían despertado al oír tal ruido, quisieron vengar a su hermana, pero Perseo escapó a su persecución por medio del casco que le diera Plutón y levantó su vuelo llevando consigo la cabeza de Medusa ligada a la cara exterior del escudo.

El sol iba ya al ocaso y Perseo se hallaba aún en las regiones superiores del aire. Al cerrar la noche descendió a la tierra y se detuvo en la Mauritania para descansar allí hasta que amaneciera. Un terrible gigante llamado Atlas era el rey de esta comarca; sus innumerables rebaños llenaban los campos y en sus huertos crecían árboles cargados de manzanas de oro. Perseo se adelantó al encuentro de este monarca, pidióle hospitalidad y le dijo: «Si algo vale en vuestra consideración la gloria de una elevada alcurnia, sabed que Júpiter es mi padre, y si las gestas gloriosas os merecen estima, creo podré obtener vuestro aprecio y digna acogida». A estas palabras, Atlas recuerda que un antiguo oráculo le había predicho, que un hijo de Júpiter le despojaría de su reino. Lejos, pues, de dar oídos a los ruegos de Perseo le ordena que se aleje de sus estados y estaba ya a punto de unir la violencia a las amenazas, cuando el héroe griego sintiéndose demasiado débil para luchar contra el gigante díjole: «Ya que tú desprecias por igual mis glorias y mi linaje toma el premio que mereces», y diciéndole esto le arroja la cabeza de Medusa y le transforma en montaña.

Era ya la hora en que el lucero de la mañana abre las puertas al día; Perseo calza a sus pies las alas y levanta el vuelo. Después de un largo trayecto se detiene para contemplar la Etiopía en el preciso momento en que Andrómeda, hija del rey Cefeo, se hallaba encadenada a la orilla del mar y a punto de ser devorada por un monstruo marino. Desde lo más alto de las regiones etéreas desciende hasta ella y le pregunta su nombre y la causa que puede motivar tan bárbaro tratamiento. Andrómeda muéstrale sus ojos arrasados en lágrimas sin proferir palabra alguna; pero obligada a dar una respuesta revela su nombre, su familia y el injusto suplicio a que se ve condenada. Aun pronunciaba sus últimas palabras, cuando el monstruo terrible se acerca para devorarla. Andrómeda lanza un grito de espanto; sus padres

que la contemplan se golpean el pecho, rasgan su rostro y se revuelcan en el polvo. «Los momentos son preciosos—les dice Perseo —Si el hijo de Júpiter, si el vencedor de la Gorgona os pidiera vuestra hija por esposa ¿se la concederíais? Con esta condición os juro que la libertaré.»

La proposición es aceptada. El héroe levanta el vuelo y desde cierta altura cae certeramente sobre el dragón, le hiede con su espada, le abre sus costados y le arranca el corazón. La muchedumbre prorrumpie en aclamaciones: Cefeo y Casiopea, en el paroxismo de su alegría, abrazan a Perseo como su salvador y su yerno, y Andrómeda, libertada ya, llega al palacio pálida y temblorosa sostenida por su libertador. Al día siguiente comienzan los preparativos para la boda. Mientras se celebraban los esponsales, Fineo, tío de Andrómeda, que había sido a la vez su amante, se presenta en la sala del festín acompañado de numerosos amigos, provoca una querrela y entabla una lucha sangrienta. En medio de tal confusión las mesas son derribadas, los lechos destrozados y la vajilla salta hecha pedazos. Perseo en medio del terrible desorden y amilanado por la superioridad de sus enemigos estaba ya para sucumbir y perder el fruto de sus anteriores victorias; en aquel momento se acuerda de su escudo, lo encara a sus perversos adversarios y los transforma en piedras. Entonces Perseo, después de una ausencia de cuatro años, regresó a la isla Serifea donde Dánae estaba aún cautiva de Polidecto que la llenaba de ultrajes. A ruegos de Dánae, Perseo luchó con el tirano y lo mató. Después Perseo venció a Preto, hermano de su abuelo, que había usurpado a Acrisio el trono de Argos.

Acrisio, sabedor del camino triunfal de su nieto, fue hasta el lugar llamado Larisa para felicitarle, expresar su gratitud y reconciliarse con él. Este mismo día se celebraban los juegos de la rayuela, que era el ejercicio en boga.

Perseo quiso dar pruebas de su fuerza y maestría pero lanzó el disco con tal mala suerte que dio en la frente de su abuelo Acrisio, matándolo instantáneamente, con lo que se realizaron las predicciones del oráculo.

5. Jasón

JASÓN era hijo de Esón, rey de Yolcos, en Tesalia. Habiendo sido destronado Esón por su hermano Pelias⁴, los dioses anunciaron al usurpador que sería a su tiempo expulsado o muerto por un hijo de Esón. Desde que Jasón vino al mundo, su madre para ponerle a salvo de las iras del tirano difundió la noticia de que el pequeñuelo estaba gravemente enfermo y poco tiempo después anunció que había muerto. Ella misma ordenó que se celebraran en honor del infortunado niño solemnes exequias dando inequívocas muestras de verdadero pesar. Mientras tanto lo envió secretamente al centauro Quirón, que lo tomó bajo su custodia enseñándole diversas artes, entre otras la medicina y la astronomía.

Apenas Jasón cumplió los veinte años se separó de su preceptor y fuese a consultar el oráculo, que le ordenó que se vistiera a la manera que lo hacían los naturales de Magnesia⁵, se cubriera con una piel de leopardo y armado con dos lanzas se presentara en la corte de su tío Pelias. Jasón obedeció sin demora. Llegado que fue a Yolcos, atrajo la atención de todos sus habitantes por su aire marcial y su extraña

⁴ Tiro madre de Pelias, estuvo casada dos veces. Su primer esposo fue Neptuno y el segundo Creteo, hijo de Eolo. Del primer matrimonio nació Pellas y del segundo Esón. (Creteo, padre de Esón, había edificado la ciudad de Yolcos.)

⁵ Los magnesios eran un pueblo de Macedonia. Jasón era de Tesalia.

manera de vestir; interrogado al efecto y obligado a responder tuvo al fin que revelarse como hijo de Esón y reclamó contundentemente a Pelias la herencia paterna. Pelias, que no quería abandonar el cetro y que a la vez temía al pueblo, pensó que el mejor partido era alejar a su adversario proponiéndole que llevara a cabo una empresa larga y gloriosa. Llamó a Jasón a su palacio y hablóle de esta manera: «Preocupado por terribles ensueños he consultado el oráculo y éste me ha ordenado que aplacara los manes de nuestro antepasado Frijó, que fue en otro tiempo degollado en la Cólquide, y que transportara sus cenizas a su patria. Puesto que mi avanzada edad no me permite acometer tal expedición, puedes tú emprenderla confiado en tu juventud y bravura; el deber te obliga a ello, el honor te llama a realizarlo. Yo te juro por Júpiter que después que hayas realizado esta gesta te restableceré en el trono de Esón, tu padre». A esto añade Pelias que Frijó, al morir, dejó en tierras de la Cólquide un vellocino precioso, cuya conquista puede llenar a Jasón de gloria y riquezas. Jasón tenía entonces aquella edad feliz en que se siente ambición por coronarse de fama, y aprovechó con avidez la ocasión que se le presentaba para conquistarla. Su expedición fue anunciada por toda la Grecia; cincuenta y dos príncipes acudieron a Yolcos para formar parte de ella. Esta expedición de los **Argonautas**, que es uno de los más famosos acontecimientos de los tiempos heroicos, ocurrió unos setenta años antes de la guerra de Troya.

El bajel que debía transportar a los expedicionarios a la Cólquide, se llamaba Argo y constaba de cincuenta remos: Minerva trazó el plano del mismo y ayudó personalmente a construirlo. La madera que en él se empleó fue cortada de los árboles del monte Pelión; una encina del bosque de Dodona sirvió para construir el mástil. Terminado el navío los Argonautas lo transportaron sobre sus espaldas desde el Danubio hasta el mar Adriático, y dicese que fue éste el primer barco que surcó las ondas.

Jasón, autor de la empresa, se constituyó en su jefe principal. Los otros guerreros eran: Admeto, Teseo, Castor y Pólux; Hércules, que no pudo acabar el viaje porque el peso de su cuerpo ponía al bajel en continuo peligro; Linceo, que tenía la vista tan penetrante que veía a través de las murallas, descubría los escollos escondidos bajo las aguas y distinguía perfectamente los objetos a tres leguas de distancia; Orfeo, poeta de Tracia; Peleo, natural de Eaca y padre de Aquiles; Piritoo, Augias, Hyias, Meleagro, Esculapio y Tifis, experto piloto. Embarcáronse en el cabo de Magnesia, en Macedonia, y en los primeros momentos tuvieron navegación feliz. Después fueron sorprendidos por una tempestad que les obligó a refugiarse en Lemnos, donde Hipsipila, hija del rey, les dispensó una excelente acogida, permaneciendo aquí dos años cautivados por los encantos de las mujeres de Lemnos. Hipsipila fue la que especialmente atrajo las miradas de Jasón, que le prometió en juramento volver y fijar su residencia a su lado, tomándola por esposa, de retorno de la expedición. ¡Frívolo y engañoso juramento! Llegados que fueron a las costas de la Tróade determinaron que Hylas saltase a tierra para proveerse de agua en un río llamado Ascanio; pero las ninfas que moraban en sus orillas le apresaron y retuvieron en sus mansiones subterráneas, donde Hylas cayó en la corriente del río y se ahogó. Al ver Hércules que no volvía, saltó a tierra, lo llamó mil veces, y los campos se estremecieron a sus voces de dolor.

Desde aquí se dirigieron al Ponto Euxino y, finalmente, desembarcaron en Ea, capital de la Cólquide, que era el término de su navegación.

Nada más difícil que arrebatar a Eetes, rey de la comarca, el vellocino de oro que Frijó en otro tiempo había llevado allí. Hallábase suspendido de un árbol en medio de los campos y lo custodiaban día y noche un horrible dragón y dos toros monstruosos cuyos cuerpos eran impenetrables al hierro y que vomitaban por sus narices continuas llamas. ¿Qué podían el valor y la habilidad contra tales adversarios?

Juno y Minerva, que se habían constituido en protectoras de Jasón, le allanaron los obstáculos, inspirando a Medea, hija de Eetes, la más viva pasión por Jasón.

Apenas Medea conoce al héroe, le ama y le admira, ofrécele su ayuda para el terrible ataque, y le dice: «Yo conseguiré domar los dos toros, infundiré al dragón un sopor profundo y te entregaré los tesoros de mi padre; serás dueño absoluto del vellocino de oro, pero ante todo, hacia la medianoche, haz que te acompañen tus más íntimos hasta el templo de Hécate y allí, en presencia de la terrible divinidad, me jurarás amor y fidelidad y prometerás ser mi esposo y mi protector. Sólo a este precio, obtendrás el corazón y los tesoros de Medea».

Jasón acoge con transportes de júbilo esta proposición y corre al pie de los altares a prestar su juramento. Medea, por su parte, cumple puntualmente lo prometido: los toros quedan reducidos a la impotencia, el dragón sumido en profundo sopor y el vellocino de oro es arrebatado por Jasón. Eetes ignora lo que está pasando; entre tanto el caudillo de los Argonautas dispone los preparativos para la partida. Seguido de Medea aprovecha las sombras de la noche para volver a su navío, llama a sus compañeros y se aleja de la Cólquide cargado de considerables tesoros. Eetes, empero, no tarda mucho tiempo en descubrir la traición de su hija; apresta una armada y confía el mando de los bajeles a su hijo Absirte. El combate es reñido, y vencido Absirte perece de muerte cruel⁶.

Jasón entró gloriosamente en Yolcos y se dispuso inmediatamente a celebrar su victoria con públicos regocijos. Esón, padre de Jasón, abatido por la edad y los achaques hubiera deseado tomar parte en las fiestas o al menos asistir a ellas como espectador. Jasón rogó a Medea que le rejuveneciera utilizando los más eficaces secretos de su arte. Deseosa de complacer a su marido monta sobre un carro aéreo, recorre diversas regiones y recoge las hierbas mágicas, las prepara en forma de brebaje y las introduce milagrosamente en las venas de Esón. Tan pronto como se siente rejuvenecido, su pelo recobra el color natural, se borran de su rostro las arrugas y poco a poco recobra su lozanía, su alegría y su vigor. Pelias, enemigo de Jasón, arrastraba una vida achacosa y caduca. Admiradas las hijas de este tirano del rejuvenecimiento experimentado por Esón, conjuraron a Medea para que obrara el mismo prodigio en favor de su padre. La maga accedió a ello y para mejor convencerles del poder de su arte, cortó en trozos un viejo carnero y lo puso en una caldera de la cual lo sacó convertido en un corderillo; de la misma manera ahogó al anciano Pelias, lo cortó en trozos, arrojó sus miembros en una cuba de agua hirviendo y allí los dejó hasta que el fuego los hubo consumido por completo, siendo, por lo tanto, imposible a sus hijos tributarle los honores de la sepultura. Este hecho irritó de tal manera a los habitantes de Yolcos, que Jasón y Medea se vieron obligados a emprender la fuga y se retiraron a Corinto, al lado de Creonte, que era rey de aquella comarca, y allí vivieron diez años en perfecta unión. De ésta nacieron dos hijos, pero luego fue turbada por la ingratitude de Jasón, quien, olvidando las obligaciones que había contraído para con su esposa y los juramentos por que se había obligado, pidió en matrimonio a Glauca, hija de Creonte, desposóse con ella y repudió a la princesa de la Cólquide. Medea disimuló su furor para poder vengarse mejor, fingió que tal alianza era de toda su conformidad y tomó parte en las ceremonias nupciales, y cuando parecía ya asegurada la felicidad del esposo, Medea hechizó los adornos y las joyas que ofreció a la hija del rey como regalo. Apenas la princesa puso mano a tales alhajas, su pelo, su vestido y todo su cuerpo ardieron y prendieron fuego al palacio, pereciendo en medio de llamas ella con su padre. Poco satisfecha aún de esta primera venganza, Medea mató a

⁶ Dicen algunos que Medea, habiendo partido con Absirte, lo estranguló, destrozó sus miembros y los dispersó por el mismo camino que habla de seguir su padre, a fin de entretenerle.

presencia de Jasón, los dos hijos del marido infiel y subiendo rápidamente sobre un carro tirado por dragones remontó los aires y se dirigió a Atenas.

Después de esta catástrofe, Jasón, dominado por la melancolía, llevó una vida errante y solitaria y un día que descansaba a la orilla del mar, a la sombra del bajel Argo que estaba en la playa, un leño que se desprendió de él le destrozó la cabeza. De esta manera murió el ilustre jefe de los Argonautas. Después de su muerte se levantaron en su honor estatuas y le veneraron como semidiós. Por lo que hace a Medea supo ganarse tan hábilmente, por medio de sus artificios, la simpatía de Egeo, rey de Atenas, que se avino a tomarla por esposa. Más tarde y cuando Teseo, que era el heredero del trono, fue a Atenas, Medea pensó deshacerse de él para asegurar la corona en las sienes del hijo que había nacido de su unión con Egeo; pero descubierto el propósito, Medea fue objeto de la execración popular, viéndose obligada a huir en su carro alado, buscando su último asilo en la Cólquide, donde murió a edad muy avanzada.

6. Castor y Pólux

Los héroes griegos CASTOR y PÓLUX eran hijos de una mujer etolia llamada Leda. Su madre desposóse dos veces: primero con Júpiter, que fue el padre de Pólux, y después con Tíndaro, rey de Lacedemonia, de cuyo matrimonio nació Castor⁷.

La primera hazaña de Castor y Pólux fue destruir la piratería que infestaba el Archipiélago, lo que les colocó en la categoría de dioses marinos. Después acompañaron a Jasón a la Cólquide y coadyuvaron con él a la conquista del vello cino de oro. Al desencadenarse una violenta tempestad, los Argonautas advirtieron cómo unas llamas extrañas revoloteaban sobre la cabeza de los dos hermanos y que al mismo tiempo el cielo se serenaba y amainaba el huracán, por lo cual se ha dado el nombre de Castor y Pólux a ciertos fuegos o llamas eléctricas que aparecen en la punta de los mástiles durante las tempestades, en torno de las antenas, cuerdas y partes salientes del barco o descienden brillando sobre la tilla⁸.

Castor sobresalió en el arte de domar los caballos; Pólux desafió y venció en el combate de la manopla al vigoroso Amico, rey de Betricia o Bitinia, y esta hazaña le consagró a perpetuidad como protector y dios de los atletas. Castor, que estaba sujeto a la mortalidad, encontró la muerte en un singular combate librado cerca del monte Taigeto. Pólux, que le amaba tiernamente, conjuró a Júpiter a que devolviera la vida a Castor o que le privara a él de la inmortalidad; pero Júpiter que no podía acceder por completo a sus ruegos, consintió en que todo el tiempo que Castor viviese sobre la tierra pudiese Pólux habitar en las moradas de los muertos; de esta manera vivían y morían alternativamente. Algunos años después, movido Júpiter por el mutuo amor que se profesaban, los colocó entre los astros donde bajo el nombre de los Gemelos forman dos constelaciones, una de las cuales desaparece cuando nace la otra, de manera que jamás se encuentran juntas sobre el horizonte.

⁷ Frecuentemente los poetas dan a estos dos hermanos el nombre de Tindárides, por más que solamente uno de ellos fue hijo de Tíndaro.

⁸ Estos meteoros se conocen con el nombre de fuegos de Santelmo.

Fueron concedidos a Castor y Pólux honores divinos, recibiendo el nombre de Dióscoros, es decir, hijos de Júpiter. Les inmolvaban dos corderos blancos, y en nombre de su templo se proferían juramentos, cuya fórmula era la de *Edépol*, para los hombres, y *Ecástor* para las mujeres.

Los Dióscoros suelen ser representados bajo la figura de dos jóvenes de singular belleza, completamente armados, cabalgando sobre blancos corceles, blandiendo una lanza y cubiertos con un gorro de forma oval rematado en una estrella.

7. Esculapio

ESCULAPIO, hijo de Apolo y Coronis, fue instruido por el centauro Quirón en la ciencia de la medicina, y el discípulo estudió con tanto provecho las hierbas, las plantas y la composición de los medicamentos, que en pocos años sobrepujó a su ilustre maestro. Los Argonautas le llevaron como médico en la expedición a la Cólquide, prestándoles excelentes servicios durante la penosa travesía. Pero no contento con curar las enfermedades más rebeldes y desesperadas, se dedicó a devolver la vida a los muertos y lo consiguió: Glauco⁹, Capaneo, Tíndaro, Hipólito y muchos otros, gracias a su talento, resurgieron del sepulcro a la vida. A fuerza de tantas resurrecciones los infiernos se despoblaban; entonces Plutón se quejó a Júpiter y éste de un rayo mató al médico hábil en demasía. Después de su muerte le rindieron honores divinos y su culto quedó establecido en Epidauro, su patria, y de allí se propagó a otras ciudades de Grecia hasta llegar al Asia y finalmente a Roma.

Algunas veces le representan bajo la forma de una serpiente, y más frecuentemente en la figura de un hombre pensativo cubierto con un manto, ostentando en su mano un palo en torno del cual se enrosca una serpiente. El gallo, que a veces aparece a sus pies, es el símbolo de la vigilancia.

Sus dos hijos Podaliro y Macaonte, asistieron al sitio de Troya como médicos del ejército griego, dando pruebas de su bravura al par que de su ciencia.

8. Orfeo

ORFEO, teólogo, poeta y músico célebre, era hijo de Eagro, rey de Tracia.

Desde su juventud se aplicó a estudiar la religión y recorrió el Egipto para consultar a los sacerdotes de este país y ser por ellos iniciado en los misterios de Isis y Osiris. Después visitó a Fenicia, el Asia Menor y Samotracia y de vuelta a su país natal dio a conocer a sus compatriotas el origen del mundo y de los dioses, la interpretación de los sueños y la expiación de los crímenes, e instituyó las fiestas de Baco y de Ceres. Enseñó a los griegos sabios conocimientos de astronomía, cantó la guerra de los Titanes, el rapto de Proserpina y los trabajos de Hércules y fue considerado como el padre de la teología pagana.

La música le servía de solaz y descanso en sus ocupaciones. Antes en Grecia sólo se conocía la flauta; él inventó la lira o más bien la perfeccionó añadiéndole dos cuerdas. Su voz unida al sonido de este instrumento embelesaba a hombres y dioses y la naturaleza toda se conmovía a sus acordes. Osos y leones se acercaban a lamerle los pies, los ríos retrocedían a su nacimiento para escucharle, las rocas se animaban y corrían a su encuentro.

⁹ Este Glauco era hijo de Minos II y de Pasifae. Muchos héroes de la fábula han llevado su nombre.

Todas las ninfas admiraban su talento, seguían sus pasos y deseaban tenerle por esposo. Solamente Eurídice, cuya modestia igualaba a sus encantos, parecióle digna de su amor y la tomó por esposa siendo por ella tiernamente correspondido. Las dulzuras de este himeneo no fueron duraderas, pues un día que Eurídice huía de la persecución de que era objeto por parte de Aristeo, hijo de Cirene, fue mordida en el talón por una serpiente y esta herida le causó la muerte. Orfeo quedó inconsolable y después de haber intentado ablandar a las divinidades del cielo no reparó en descender a los infiernos para implorar del dios de los muertos que le devolviera su querida compañera. Sobre las riberas de la laguna Estigia clamó con acentos tan dulces y enternecedores que los habitantes del Ténaro no pudieron contener sus lágrimas ante tal desgracia; el mismo Plutón se sintió conmovido. Llamó a Eurídice que se hallaba entre las sombras llegadas recientemente; la ninfa se acercó con paso tardo porque su herida era aún reciente y fuéle concedido partir con Orfeo, pero bajo la condición de que él no volvería la cabeza para mirarla hasta que hubiera ella rebasado los confines del reino de los muertos. Eurídice había ya triunfado de los obstáculos que podían obstruir su camino de retorno y estaba ya a punto de ver la luz de los cielos, cuando Orfeo, olvidando la promesa que había jurado cumplir y cediendo a la impaciencia de contemplar su mujer, ¡impaciencia muy digna de perdón si los infiernos supiesen perdonar!, cuando ya sólo le faltaba dar un paso, vencido por su amor, se detiene y mira hacia atrás... y en el acto Eurídice le es arrebatada. Ella le tiende los brazos, él quiere abrazarla, pero ya no estrecha sino un poco de vapor y puede sólo escuchar un largo suspiro y un adiós eterno.

Anonadado por esta nueva desgracia, intentó en vano penetrar por segunda vez en la mansión de los muertos; Carón negóse a transportarle en su barca, y Orfeo estuvo siete días a orillas del Aqueronte sin probar alimento alguno, inundados sus ojos en lágrimas y consumiéndose de dolor. Finalmente, y después de haber censurado mil veces la barbarie del dios de los infiernos, se retiró al monte Rodope, en Tracia, sin otra compañía que los animales que amansaba con su canto. Las mujeres que moraban en aquel país salvaje intentaron en vano endulzar sus añoranzas y llevarle a un segundo matrimonio, pero él desoyó siempre sus ruegos y se mostró sordo a su amor. Irritadas por este desvío esperaron el día en que se celebraban las fiestas de Baco para tener ocasión de vengarse. Entonces armadas con tirsos corrieron al monte Rodope y lo asaltaron por todos lados: su griterío y el ruido de los tambores apagaron la voz de Orfeo que fuera lo único capaz de conmovérlas: después le atacaron furiosas, y a pesar de los esfuerzos que hizo para calmarlas, destrozaron su cuerpo en menudos pedazos.

9. Cadmo

CADMO, hermano de la bella Europa, era hijo de Agenor, rey de Fenicia. Cuando Júpiter, después de metamorfosearse en toro, raptó a Europa, inmediatamente Agenor envió a Cadmo en busca de su hermana advirtiéndole que no volviera a su palacio hasta haberla encontrado. Cadmo después de realizar en vano muchos viajes y perdida ya la esperanza de hallarla, renunció a volver a su patria y consultó al oráculo de Delfos para saber en qué país debía fijar su residencia, a lo cual respondió el oráculo: «En un campo desierto hallarás una vaca que no ha sido jamás uncida al yugo: sigue sus pisadas, levanta una ciudad en el lugar en que ella se detenga a apacentarse y da a esta comarca el nombre de Beocia»¹⁰.

¹⁰ Este nombre de Beocia alude, probablemente, a la vaca que guiaba a Cadmo, que en griego corresponde a la voz *bous*.

Apenas Cadmo hubo abandonado el antro de la pitonisa, se encontró con la vaca; siguióla y cuando ella se detuvo resolvió, lleno de alegría, ofrecer a Júpiter un sacrificio en acción de gracias. A este efecto ordenó a sus compañeros que fueran a una selva próxima, para recoger un poco de agua de una fuente que manaba en el fondo de una caverna. Este bosque estaba consagrado a Marte y un dragón custodiaba la entrada de la cueva; este dragón tenía un aspecto feroz, sus fauces estaban provistas de una triple hilera de dientes y tenía todo el cuerpo cubierto de escamas amarillentas.

Apenas los amigos de Cadmo hubieron bajado a la oscura caverna y empezaban a recoger el agua, cuando a causa del ruido que ellos hicieran despertóse el dragón. Llenos de espanto ante su terrible aspecto, dejan caer de sus manos los cántaros y quieren huir, pero el animal se lanza furioso sobre ellos, desgarró a unos con sus dientes, ahoga a otros arrollándolos entre los pliegues de su piel o envolviéndolos en su hálito envenenado.

Viendo Cadmo que no volvían y extrañando su tardanza, empezó a inquietarse. Entonces, después de haberse vestido con su piel de león, toma su lanza y sus dardos y se dirige precipitadamente hacia el bosque. ¡Qué espectáculo más horrendo se ofrece ante sus ojos! La enorme serpiente yacía recostada sobre los cuerpos de sus compañeros, bebiendo su sangre y alimentándose con sus carnes palpitantes aún. Cadmo no puede contener su furor y exclama: «¡Amigos, vuestra muerte será vengada o yo pereceré como vosotros!» Inmediatamente, con mano segura, lanza su dardo contra el monstruo, le hiere en la espina dorsal, y atravesándole el cuerpo de parte a parte le arranca la vida. Cuando vencido el monstruo, Cadmo se complace en contemplar la desmesurada corpulencia de su víctima y se goza en observar sus últimas convulsiones, Palas, que protege al héroe fenicio, baja del Olimpo y le ordena que siembre los dientes del dragón para que de esta manera pueda obtener un «nuevo pueblo». Cadmo obedece sin alcanzar el sentido de la orden que la diosa le intima, ara la tierra y disemina en los surcos los dientes del monstruo. Tres días después los terrones empiezan a moverse; primero surgen las puntas de las lanzas, después los cascos guarnecidos de plumas, seguidamente se destacan las espaldas, el pecho y los brazos nervudos de los nuevos hombres y al fin se agranda imperceptiblemente aquel extraño plantel de guerreros. Semejante batallón le infunde temor y se aprestaba ya a tomar las armas cuando uno de estos hijos de la tierra, dirigiéndose a él, le dice: «Detén tu brazo y permanece neutral en la guerra civil que vas a presenciar». Dichas estas palabras hundió su espada en el pecho de uno de sus hermanos y a su vez cayó también él herido por un dardo. El causante de tal muerte no sobrevivió a su crimen y al cabo de pocos momentos perdió una existencia apenas comenzada. Toda la multitud se siente animada de igual furor y los desdichados hermanos luchan entre sí causándose la muerte y empapando con su sangre el suelo que acababa de engendrarlos. Solamente cinco quedaban en pie, uno de los cuales era Equión, quien habiendo depuesto las armas por orden de Palas, concertó la paz con sus hermanos prometiéndose, con un estrecho abrazo, amor y fidelidad. Convertidos éstos en compañeros de Cadmo, les encomendó la construcción de la ciudad que el oráculo le mandara edificar y que no era sino la famosa ciudad de Tebas. Cuando la hubieron terminado, Cadmo dictó leyes y tomó sabias medidas para mantener entre los ciudadanos la unión, el orden y la paz¹¹.

Después tomó por esposa a Harmonía o Hermione, hija de Venus y Marte.

¹¹ Según las más fidedignas tradiciones, Cadmo se dedicó a construir una ciudadela, llamada después de su muerte Cadmea, y a poner los primeros cimientos de Tebas: esta ciudad fue terminada por sus sucesores y Anfión la circundó de murallas.

Esta unión tuvo los más halagüeños comienzos. Cadmo gozaba viéndose yerno de dos grandes divinidades, padre de cuatro hijas tan bellas como seductoras (Ino, Agave, Autonoe y Semele) y jefe supremo de un pueblo adicto y sumiso; pero Juno no veía con buenos ojos tanta felicidad. Celosa, como era, ¿podía olvidar que Cadmo era el hermano de Europa, su rival?

Por esto no se dio punto de reposo hasta que hubo empañado la alegría de este príncipe acumulando sobre él toda suerte de pesares. Acteón, su nieto, que era un diestro cazador, murió despedazado por sus propios perros; Semele pereció víctima del fulgor ardiente de los rayos de Júpiter; Penteo, hijo de Agave, fue despedazado por las bacantes; Ino, presa por la locura, se precipitó en el mar, y, para cúmulo de infortunios, rebelóse contra él su pueblo, su autoridad fue despreciada y después de haber sido arrojado de Tebas se vio obligado a buscar, juntamente con su esposa, un refugio en lo más apartado de la Iliria. Agobiados uno y otro por el peso de los años y de los sinsabores, rogaron a los dioses que pusieran fin a sus males y fueron convertidos en serpientes.

Según opinan muchos autores, Cadmo fue el primero que llevó a Grecia el conocimiento de las letras y que introdujo en esta comarca el culto de los dioses de Egipto y Fenicia.

10. Anfión. Lino

ANFIÓN, hijo de Júpiter y Antíope, cultivó la poesía y la música con éxito excepcional. Mercurio, que admiraba su raro talento, le regaló una lira de siete cuerdas, y a sus acordes levantó Anfión las murallas de Tebas. Las piedras, sensibles a la dulzura de su canto, corrían a ocupar su puesto. Esto significa que Anfión se sirvió de su elocuencia para persuadir a un pueblo rústico todavía, a que dejara el campo y los bosques y se aviniera a vivir en una ciudad fortificada, quedando así al abrigo de las bestias salvajes y de los malhechores.

LINO, poeta y músico tebano, hijo de Apolo y Terpsícore, inventó la melodía y el ritmo y compuso poemas sobre el origen del mundo, la astronomía y la naturaleza de las plantas. Orfeo, Hércules y Tamiris fueron discípulos suyos.

Un día, mientras instruía a Hércules en la música, tuvo la desgracia de reprochar con excesiva dureza al héroe su poca gracia y aptitud para este arte. Molestado Hércules por un reproche que creía injusto o exagerado, levantó contra su maestro la fuerte mano con la que esgrimía la lira y con ella descargó sobre su cabeza un golpe mortal. Grecia entera lloró la muerte de Lino, que llegó a obtener los honores de la apoteosis. La ciudad de Argos le levantó, en el templo de Apolo, un magnífico sepulcro y a él acudían todos los años escritores, artistas y sabios para testimoniarle su dolor.

11. Tiresias

TIRESIAS, el más célebre adivino de los tiempos heroicos, nació en Tebas, Beocia: su madre, la ninfa Cariclea, era una de las sirvientas de Minerva.

La época de su nacimiento es desconocida; lo cierto es que vivió más de seis generaciones, es decir, cerca de doscientos años. Era ciego, pero Minerva le había dado un bastón o varita mágica que le guiaba con más seguridad que lo hubieran podido hacer los mejores ojos. Los poetas antiguos le llaman el Adivino por excelencia, el Profeta sublime, el Augur infalible. Su muerte ocurrió después de la guerra llamada de los Epígonos y entre todos los adivinos sólo él conservó el espíritu profético hasta en el

imperio de las tinieblas. Ulises bajó a los infiernos para consultarle, y de retorno a Itaca le inmoló una oveja negra, en prueba de gratitud.

Manto, hija de Tiresias, tenía como su padre el don de predecir lo futuro. Cuando los argivos tomaron la ciudad de Tebas Manto fue separada de los otros cautivos y enviada, como un presente digno de Apolo, al templo de Delfos, en el cual ocupó durante muchos años el trípode sagrado. De aquí marchó al Asia y fijó su residencia en Claros, donde fundó un oráculo que durante muchos años gozó de gran fama. Preocupada siempre por la esclavitud en que Tebas se hallaba sumida y de los males que afligían a sus conciudadanos, no podía dar tregua a su dolor. Las lágrimas que continuamente derramaba formaron un lago, cuyas aguas comunicaban el don de la adivinación, y que a la vez tenían la fatal propiedad de acortar la vida. Uno de sus hijos, llamado Mopso, vivió en la época del sitio de Troya y, como su madre y su abuelo, profetizó también, teniéndose por el antagonista de Calcas.

12. Teseo

TESEO, hijo de Egeo, rey de Atenas, fue educado e instruido por su abuelo materno, llamado Piteo, que era, a la vez, rey de Trecena y el más prudente y virtuoso de los griegos.

Su primera hazaña fue la victoria que obtuvo sobre el bandido Perifetes que vivía emboscado en las cercanías del Epidauro y asesinaba con su maza a los que por allí pasaban. Teseo le mató y llevó siempre consigo esta maza como un trofeo. Después atacó y dio muerte a Procusto, Escirón, Cerción y Sinnis que cometían horribles crueldades.

Procusto tenía estatura y fuerza prodigiosas y atraía a su mansión a los viandantes para robarles y hacerles sufrir suplicios atroces. Les tendía sobre un lecho de hierro y si sus piernas excedían los límites del mismo, cortaba de un hachazo la porción sobrante; si, por el contrario, las piernas resultaban más cortas las estiraba hasta que dieran la longitud del lecho fatal.

El bandido Escirón, no contento con saquear a los caminantes que sorprendía en los desfiladeros de las montañas, en las inmediaciones de Megara, les obligaba a lavarle los pies en la cima de una peña elevada y desde allí, sin esfuerzo alguno y de un solo golpe los precipitaba en el mar. Teseo le castigó con el mismo suplicio, pero la tierra y el mar se negaron a recibir el cuerpo de este criminal, de manera que quedó suspendido en los aires por algún tiempo, hasta que al fin quedó convertido en peñasco.

Cerción, que era en extremo hábil en los ejercicios gimnásticos, obligaba a los viajeros a luchar con él y los mutilaba. Teseo le derrotó y le arrancó la vida.

Sinnis, que estaba dotado de una fuerza extraordinaria, torcía los árboles más corpulentos, juntaba sus ramas más altas llevarla consigo a Atenas y tomarla por esposa si triunfaba en su empresa y salía del laberinto sano y salvo.

Ariadna le ilustró con sus consejos y le prestó su ayuda, dióle un ovillo de hilo mediante el cual pudiera guiar sus pasos por los oscuros corredores de aquella inextricable mansión. El monstruo fue muerto y Teseo halló fácilmente su camino de salida gracias al hilo de Ariadna. Él, empero, pagó este servicio con la más indigna perfidia, pues apenas hubieron embarcado y ataba a ellas a aquellos que había vencido: las ramas al recobrar su posición normal descuartizaban a estos desgraciados. Teseo dióle muerte.

Pero un triunfo más importante aún le esperaba en la isla de Creta. Minos, después de vencer a los atenienses, habíales condenado a entregarle cada año siete mozos y otras tantas doncellas que debían

servir de alimento al Minotauro, monstruo mitad hombre y mitad toro, encerrado en el laberinto. Teseo quiso redimir a su patria del vergonzoso tributo y se agregó al grupo de las víctimas que la suerte había designado y partió para Creta. Su belleza, juventud y aire noble y marcial robaron el corazón de Ariadna, hija del rey Minos. Teseo prometiéndole llevarla consigo a Atenas y tomarla por esposa si triunfaba en su empresa y salía del laberinto sano y salvo.

Ariadna le ilustró con sus consejos y le prestó su ayuda, dióle un ovillo de hilo mediante el cual pudiera guiar sus pasos por los oscuros corredores de aquella inextricable mansión. El monstruo fue muerto y Teseo halló fácilmente su camino de salida gracias al hilo de Ariadna. Él, empero, pagó este servicio con la más indigna perfidia, pues apenas hubieron embarcado los dos en el bajel que debía transportarlos al Ática, quiso Teseo detenerse en la isla de Naxos para descansar, y aprovechando un momento en que la crédula Ariadna dormía apaciblemente sobre la ribera, se hizo a la vela y la dejó abandonada en la playa.

Egeo, padre de Teseo, esperaba solícito el resultado de tan peligrosa aventura. Antes de partir había recomendado ahincadamente a su hijo que si retornaba vencedor, arbolase a su llegada, en lugar del pabellón negro que tremolaba en su bajel, una bandera blanca adornada con flores y gallardetes. Egeo, alarmado por tan prolongada ausencia, subíase cada día a lo más elevado de un altozano y se esforzaba por descubrir a lo lejos el bajel tan ansiosamente añorado. Teseo, entre tanto, hacía rumbo hacia el Ática, pero entre el regocijo de su triunfo habíase olvidado de izar el pabellón blanco, señal de su victoria. Al ver el desgraciado padre la bandera negra, creyó que su hijo había perecido y se precipitó en el mar. Este mar, situado entre el Asia Menor y el Peloponeso, se ha llamado desde entonces mar Egeo.

El trono de Atenas pertenecía a Teseo de derecho; pero sus primos hermanos, que en la historia son conocidos bajo la denominación de Palántidas, por ser hijos de Palas, hermano de Egeo, le disputaron el trono, le prepararon emboscadas y pusieron en movimiento todas sus artes para deshacerse de él. Teseo contaba en Atenas con numerosos adictos y después de haber intentado, aunque en vano, convencer a sus parientes de la legitimidad de su derecho por la persuasión, armó un ejército de ciudadanos fieles, atacó a los Palántidas y los destrozó hasta no quedar ni uno; eran cincuenta.

Asentado ya tranquilamente Teseo en el trono, trabajó por reformar las leyes establecidas y dictó otras nuevas. Engrandeció la ciudad de Atenas, atrajo a los extranjeros y a fin de constituir una a modo de república, resignó sus poderes civiles en manos de un consejo o senado y solamente se reservó el mando del ejército.

La conquista del vello de oro y la caza del jabalí de Calidonia acrecentaron más aun su fama. Después acompañó a Hércules en su expedición a las márgenes del Termodonte a buscar y dar batalla a las Amazonas, terribles doncellas guerreras a las cuales venció haciendo prisionera a su reina Hipólita o Antíope que tomó por esposa y que fue más tarde la madre de Hipólito.

A la muerte de Antíope pidió en matrimonio a Fedra, hija del rey Minos, siéndole concedida su mano. Pero la sangre de Minos debía ser funesta para la tranquilidad de Teseo, pues apenas hubo Fedra llegado a Trecena, puso los ojos en el mancebo Hipólito, hijo de la Amazona. Hipólito —educado lejos de la corte, bajo la dirección de su bisabuelo el sabio Piteo, y ajeno en absoluto a las seducciones del amor—, hallábase por completo dedicado a profundos estudios, sin otro descanso que el placer de la caza, ni más adorno de su persona que el arco y las flechas, ni culto alguno que no fuese el rendido a Diana, reina de los bosques. Irritada Venus por tantos desdenes, decretó su muerte. Inspiró a Fedra una pasión tan arrebatada por el mancebo, que la madrastra, fuera de sí y aprovechando una ocasión en que Teseo se hallaba ausente, no vaciló en confesar su ardiente amor a Hipólito. El arrogante cazador no

respondió a tales protestas sino con el silencio y el desdén. Llena de confusión retiróse Fedra a sus habitaciones, escribió una carta a Teseo y se suicidó. Esta carta contenía una odiosa calumnia: en ella se imputaba a Hipólito un crimen de que solamente la propia Fedra se había hecho culpable. A su retorno, Teseo se entera del suicidio de su esposa, abre la carta y no duda un momento que la conducta de Hipólito ha sido la que ha llevado a Fedra a tomar la desesperada resolución. Llama a su hijo, le colma de reproches, le destierra lejos de Trecena sin dar oídos a sus justificaciones y exclama: «¡Oh padre mío Neptuno! Tú me prometiste acoger favorablemente por tres veces mis ruegos: cúmpleme, aunque sólo sea por esta vez, lo que te pido y haz que mi hijo perezca. Por el cumplimiento de esta venganza conoceré que eres fiel a tus promesas»¹².

No habiendo podido Hipólito desarmar a su padre ni conmoerlo, con el corazón lleno de tristeza subió a su carro y salió de Trecena. Apenas llegó a la orilla del mar, un monstruo marino enviado por Neptuno, espantó sus caballos que se estremecieron y se encabitaron.

Arrastrado por los caballos y cubierto de heridas, expiró a los pocos momentos. Teseo no comprendió su error y su crimen sino cuando ya era demasiado tarde para remediarlos.

Entre tanto Menesteo, que era hijo de Petes y uno de los descendientes de Erecteo, supo de tal manera halagar al pueblo de Atenas y puso en juego tantas intrigas y artificios, que consiguió ser coronado rey. En vano Teseo intentó reasumir el mando del ejército y hacer valer sus derechos; los veleidosos atenienses, olvidando cuanto por ellos había hecho, le obligaron a marcharse y se retiró a la isla de Esciros, donde el rey Licomedes, sobornado por Menesteo, le asesinó. Los atenienses reconocieron al fin su ingratitud; restituyeron en el trono a los hijos de Teseo y levantaron un templo y un sepulcro al vencedor del Minotauro.

13. Piritoo

PIRITOO, hijo de Ixión y de la Nube, era rey de los lapitas, pueblo de la Tesalia.

Sorprendido ante la narración de las hazañas de Teseo, rey de Atenas, quiso probar la fuerza de este héroe y medirla con las propias. Al efecto entró en el Ática al frente de un ejército y saqueó los campos. Teseo marchó a su encuentro para darle batalla, pero apenas se avistaron los dos héroes sintieron dominados por mutua admiración: Piritoo alargó la mano a Teseo en señal de amistad y le prometió reparar los daños que había causado en el Ática.

Poco después Piritoo desposóse con la bella Hipodamia, a que algunos autores llaman también Deidamia. A las bodas fueron invitados los centauros, que habitaban en la Tesalia y eran monstruos, medio hombres y medio caballos. Los preparativos para la boda estaban dispuestos en una fresca y deliciosa cañada. Contábase entre los convidados los más distinguidos personajes de los lapitas. Los centauros acudieron presurosos; en todos los rostros brillaba el contento y cuando Hipodamia apareció juntamente con las damas que formaban su séquito, los altozanos y las selvas próximas resonaron con cantos de himeneo. Durante el festín todos los ojos se sintieron cautivos de la belleza de Hipodamia y muchos llegaron a desear su desgracia. Eurito que era el más brutal de los centauros, enloquecido por el vino, de repente derriba las mesas, se lanza sobre la princesa para raptarla y la coge por los cabellos. Los

¹² Para realzar la gloria de Teseo los atenienses le hacen pasar por hijo de Neptuno. Neptuno, según ellos, se había desposado con Etra, mujer de Egeo e hija de Piteo.

demás centauros, siguiendo su ejemplo, se echan sobre las damas que la habían acompañado. Los esfuerzos que hacían éstas para defenderse, sus gritos y gemidos evocan el recuerdo de una ciudad tomada por asalto. Teseo acude en su ayuda; los lapitas hacen causa común con él, se entabla un combate furioso y a los pocos instantes el suelo aparece cubierto de cadáveres. Al gran valor de Teseo y Piritoo debióse que allí perecieran casi todos los centauros; los restantes se refugiaron en los montes de la Arcadia y allí vivieron completamente olvidados.

Piritoo y Teseo unidos desde entonces por estrecha amistad, emprendieron juntos aventuradas expediciones. Vinieron a Esparta para apoderarse de Helena, hija de Tíndaro, muy famosa ya en toda Grecia por su hermosura. Dieron cima a su proyecto y echaron suertes sobre la regia cautiva, con la condición de que quien con ella se quedara adquiriría el compromiso de proporcionar otra mujer a su amigo. Helena tocó en suerte a Teseo y se obligó a bajar a los infiernos con Piritoo para arrebatarse la propia esposa de Plutón. En efecto: para llevar a cabo el temerario proyecto descendieron a la mansión de las sombras, pero Plutón que había sido informado a tiempo de tal viaje, tomó tan puntualmente sus medidas, que tan pronto como hubieron entrado allí no pudieron ya salir jamás. Piritoo fue estrangulado por el Cancerbero¹³. Teseo fue conducido cargado de cadenas a presencia de Plutón, quien entre tanto le retuvo cautivo y no lo soltó sino ante los insistentes ruegos de Hércules.

14. Belerofonte

Habiendo matado BELEROFONTE inadvertidamente a su hermano mientras cazaba, se refugió en la Argólida, en la residencia del rey Preto que lo acogió generosamente. Vivía tranquilo en la corte cuando la esposa de Preto que se llamaba Estenobea, prendada de la belleza del joven extranjero, confesóle que le amaba y que estaba pronta a seguirle dondequiera que fuese. Belerofonte, que no sentía amor por ella, acogió fríamente la declaración, y conociendo Estenobea que se mostraba insensible, trocó su amor en antipatía, encarnizóse contra él, acusóle falsamente de muchos crímenes y pidió, finalmente, su muerte. Preto, que no quería violar los sagrados derechos de la hospitalidad dando muerte a Belerofonte, lo envió a Licia, a la mansión del rey Yobates padre de Estenobea, con un recado escrito que le dijo ser una carta de recomendación y en el que realmente solicitaba el suplicio del culpable.

Yobates dispensó a Belerofonte afectuosa acogida: los nueve primeros días pasáronse en fiestas y regocijos. El día décimo el rey abrió la carta que le entregara su huésped, pero para no manchar su palacio con sangre, determinó exponer a Belerofonte a los más grandes peligros. Envióle con unos pocos soldados a luchar contra los Solimos, que era un poderoso pueblo de la Pisidia, y Belerofonte salió victorioso. Le encargó que fuera a combatir con las Amazonas, a las que venció igualmente. Ordenóle, al fin, que matara a la Quimera, espantoso animal que tenía la cabeza de león, la cola de dragón, el cuerpo de cabra y que vomitaba continuamente llamas. Protegido por Minerva y cabalgando sobre el corcel Pegaso, Belerofonte derribó al monstruo y lo hizo pedazos. Reconociendo entonces Yobates que tales hazañas eran debidas a especial protección de los dioses, rogóle que se quedara en sus estados, concedióle su segunda hija en matrimonio, y le instituyó su sucesor al trono. Atormentada Estenobea por los remordimientos, se envenenó.

¹³ Algunos autores pretenden que Piritoo no pereció en aquella ocasión sino que fue entregado a las Furias y libertado inmediatamente por Hércules

15. Orion

ORION, que era un hermoso mancebo y cazador infatigable, sobresalía entre todos los héroes de su tiempo por su estatura y por su fuerza. Un poeta escribe a este propósito: «cuando Orion caminaba al través de los mares más profundos, sus hombros sobresalían por encima de las aguas». Diana le eligió para que formara parte de su séquito y le confirió los primeros empleos de su corte, prodigándole patentes muestras de su protección bienhechora; suerte afortunada que parecía que no había de acabarse jamás. Su vanidad, empero, fue la causa de su ruina. Un día después de llevar a cabo una brillante cacería y mientras era objeto de halagadores elogios, se jactó de que no había monstruo alguno ni en las selvas ni en los montes ni en el desierto, del cual no pudiese él triunfar, envaneciéndose de que ni los tigres, ni las panteras ni aun los leones eran capaces de producirle espanto alguno. La Tierra, que se creyó desafiada por tanta jactancia, mandó contra este gigante un simple escorpión cuya mordedura le causó la muerte. Desconsolada Diana por la muerte de uno de sus más intrépidos cazadores, obtuvo de Júpiter que fuese transportado al cielo y colocado entre los astros, donde forma una de las más brillantes constelaciones del firmamento llamada Orion.

16. Meleagro

MELEAGRO, hijo de Eneo, rey de Calidonia, y de Altea, contaba solamente tres días de existencia cuando su madre vio junto al hogar las tres Parcas, que, al modo de nuestras hadas maléficas echaban al fuego un trozo de madera murmurando: «La vida de este niño durará lo que este tizón». Saltar del lecho, sacar el tizón de las llamas, sumergirlo en el agua y esconderlo cuidadosamente fue sólo obra de un momento.

Veinte años después, habiendo ofrecido Eneo un solemne sacrificio a todos los dioses para testimoniarles su reconocimiento por la abundancia de las cosechas, olvidóse, desgraciadamente, de incluir en el homenaje a Diana. La diosa se vengó de este olvido haciendo que en la comarca de Calidonia apareciera un terrible jabalí que devastaba las tierras de Eneo, arrancaba de cuajo los frutales y desolaba los campos. Era corpulento como un toro y vomitaba vapores pestilentes; sus cerdas eran como puntas de lanza y sus colmillos enormes como los de un elefante. Teseo, Jasón, Castor, Pólux y muchos otros príncipes jóvenes acudieron de todas las ciudades vecinas para librar al país de aquel azote. Meleagro, hijo de Eneo, dirigía el ataque de los cazadores. Equión lanzó el primer dardo contra el monstruo y falló el golpe¹⁴; Jasón no fue más afortunado; Mopso le hirió con su flecha pero sin causarle daño alguno. Mientras tanto el animal enfurecido derribaba todo lo que estaba a su alcance, y había ya herido gravemente a muchos de los cazadores cuando Atalanta, hija de Jasio, le asestó detrás de la oreja un flechazo y lo derribó. Meleagro le asestó el golpe mortal, hízole pedazos y ofreció la cabeza a la diestra cazadora. Nada más natural que esta prueba de aprecio tributada a una extranjera, pero los tíos maternos de Meleagro celosos al ver que una mujer arcadia había de recoger todos los honores de la caza, la provocaron y a la fuerza le arrancaron la cabeza del jabalí añadiendo a este desafuero numerosos insultos. Lleno de furor Meleagro, no se puede contener, arremete contra sus tíos, les atraviesa con su espada y devuelve a la bella Atalanta los despojos del jabalí.

Altea que amaba a sus hermanos, ofuscada por la desesperación que le causaba su muerte, echó al fuego el tizón que en otro tiempo retirara; consumiéndose el tizón y con él pereció Meleagro, a quien una

¹⁴ Este Equión, hijo de Mercurio, no es el que ayudó a Cadmo a levantar la ciudad de Tebas.

fiebre ardiente devoraba las entrañas a medida que la llama del hogar consumía el tizón. Su muerte produjo un profundo pesar en la ciudad de Calidonia. Sosegada Altea de su anterior obcecación, dióse cuenta de la enormidad de su crimen y se mató. Las hermanas de Meleagro, no pudiendo resignarse a abandonar el cuerpo de su hermano, permanecían día y noche sobre su sepulcro negándose a tomar alimento y besando sin cesar las letras que formaban su nombre, grabadas sobre el mármol. Diana, aplacada por tantas catástrofes y queriendo poner fin al dolor de estas doncellas, las transformó en los pájaros llamados meleágridas.

17. Pelops. Atreo y Tiestes

PELOPS era hijo de Tántalo, rey de Lydia. Cuando los dioses, tomando figura humana, viajaban por el Asia Menor, se hospedaron en casa de Tántalo, príncipe impío y cruel. Este, para cerciorarse de si realmente sus huéspedes eran seres divinos y conocedores de las cosas más ocultas, mató a Pelops, su hijo recién nacido, lo partió en pedazos y habiendo mandado que lo asaran, hízolo servir a la mesa junto con otros manjares. Los dioses conocieron el crimen y se abstuvieron de probar aquel manjar abominable. Únicamente Ceres, distraída o hambrienta comióse una espalda de Pelops. Júpiter reunió los dispersos miembros, de la inocente criatura y le devolvió la vida sustituyendo por una espalda de marfil la que Ceres había devorado. Tántalo, verdugo de su propia familia, fue precipitado en el Tártaro.

Pelops, cuyo reino se hallaba entonces débil y empobrecido, se encontró expuesto a los ataques de los reyes vecinos. Abandonó Lydia con su hermana Níobe, se retiró a Grecia y allí pidió la mano de la hermosa Hipodamia, hija de Enomao, rey de la Elida.

Hipodamia, directa heredera del trono, era deseada y requerida por muchos príncipes; pero Enomao, advertido por un oráculo que sería desgraciado con el que fuera su yerno, condicionó la obtención de la mano de su hija al cumplimiento de una prueba muy difícil, y como él era muy diestro en conducir el carro y poseía corceles tan veloces como el viento, resolvió dar su hija al pretendiente que le venciera en la carrera guiando el carro, pero que a la vez los vencidos habían de aceptar como única herencia una muerte infalible. Trece de los aspirantes habían sufrido ya la prueba y sus cadáveres yacían en el polvo, cuando Pelops pidió ser admitido al certamen. Por más que sus caballos, escogidos por el propio Neptuno, reuniesen todas las condiciones favorables, no se atrevió a medir sus fuerzas con el rey de la Elida, de igual a igual. Tentó la fidelidad de Mirtilo, caballero de Enomao y le corrompió con dádivas. Mirtilo partió el carro del rey y juntó nuevamente las dos partes de tal manera que a simple vista no se descubría ninguna ranura. En la mitad de la carrera el carro se rompió y Enomao pereció a consecuencia de la caída; entonces Pelops unido a Hipodamia en feliz matrimonio, subió al trono de la Elida.

Llevó a cabo rápidas conquistas y sus armas sembraron el espanto entre sus enemigos; su reputación llegó a las comarcas más lejanas y su nombre fue aplicado a la península meridional de Grecia (el Peloponeso).

Del enlace de Hipodamia con Pelops, nacieron Atreo y Tiestes. Estos hermanos famosos en la historia por el odio que se tenían, lo son aun más por los crímenes que de él se siguieron. Baste solamente uno de ellos para dar idea de los demás. Después de largas disputas, el pérfido Atreo fingiendo querer olvidar el pasado, propuso a su hermano una coyuntura para tener una entrevista amistosa. Tiestes, engañado por las apariencias, acudió presuroso al palacio de su hermano y sentóse a la mesa del festín que debía sellar su reconciliación. Al terminar la comida y cuando, después de invocar a los dioses, los

dos hermanos habíanse jurado vivir siempre amigos, Atreo hizo traer dos cabezas recién cortadas y empapadas con sangre: eran las cabezas de los hijos de Tiestes. Al mismo tiempo Atreo le hizo saber con alegría feroz que la carne que había comido era la propia carne de las víctimas. Dícese que el sol se ocultó para no alumbrar tales horrores.

Un hermano de Atreo llamado Plistenes, fue el padre de Agamenón y Menelao, que con frecuencia son designados con el nombre de Atridas, por más que no fueron hijos sino sobrinos de Atreo.

18. Edipo

EDIPO, uno de los príncipes más desventurados que han existido, era hijo de Layo, rey de Tebas, y de Yocasta.

Estos esposos, poco antes de serlo, consultaron al oráculo de Delfos, que les advirtió «que el hijo que tuvieran llegaría a ser asesino de su padre y esposo de su madre». Layo, al nacer su primer hijo y para evitar que tan terrible pronóstico se cumpliera, encargó a uno de sus íntimos que matase al niño; pero el servidor, luchando entre la lealtad que debía a su rey y el instintivo horror que le causaba el cumplimiento de la orden recibida, se limitó a perforar los pies del nuevo ser y a suspenderlo, con una correa, de un árbol del monte Citerón. Forbas, que apacentaba los rebaños de Polibio, rey de Corinto, atraído por los lamentos del niño, se hizo cargo de él, lleno de compasión, y lo entregó a Polibio, cuya esposa Peribea acogió amorosamente al niño y lo adoptó como hijo con el nombre de Edipo¹⁵.

Apenas contaba Edipo catorce años y ya los oficiales de la corte habían admirado en muchas ocasiones su fuerza y su destreza. En todos los juegos gimnásticos salía vencedor, excitando de tal manera la envidia de sus compañeros, que uno de ellos para mortificarle echóle en cara que sólo era un pobre expósito, un hijo adoptivo.

Atormentado Edipo por tal reproche empezó a sentir escrúpulos sobre su nacimiento, y en diversas ocasiones lo inquirió, lleno de ansiedad, de la que siempre había tenido por madre; pero Peribea que le amaba entrañablemente guardóse mucho de aclarar sus dudas; muy al contrario, esforzándose en persuadirle de que era su hijo. A fin de obtener sobre ello toda la certeza que deseaba, Edipo fuese a consultar el oráculo de Delfos, obteniendo por respuesta el consejo de «no retornar jamás a su país natal si no quería ocasionar la muerte de su padre y desposarse con su madre». Conmovido por estas palabras, resolvió no volver jamás a Corinto que él consideraba su patria, y angustiado partió camino de la Fócide. Llegado que fue cerca de Delfos, encontró en un camino estrecho cuatro personas, entre las cuales había un anciano sentado en un carro que le mandó con arrogancia que se apartara a un lado para dejarle el paso libre, acompañando el mandato con un gesto amenazador. Entablóse una disputa, echaron mano a las espadas y Edipo mató al viejo sin conocerle: este anciano era Layo.

Después de esta catástrofe que privaba a la ciudad de Tebas de su rey, una calamidad inaudita desoló toda la comarca: era la Esfinge. Este monstruo tenía la cabeza, la cara y las manos de doncella, la voz de hombre, el cuerpo de perro, la cola de serpiente, las alas de pájaro y las garras de león. Situábase en la cima de una colina, junto a Tebas, detenía a todos los caminantes que por allí pasaban y les proponía un enigma capcioso, devorando a los que no acertaban a resolverlo. Muchos millares de desgraciados

¹⁵ Edipo, significa en griego el de los pies hinchados.

habían perecido allí. Creonte¹⁶ que entonces reinaba, sacrificando su propio interés al interés del pueblo, anunció en toda Grecia que concedería la mano de Yocasta y la corona de Tebas al que librara la Beocia de esta calamidad. La muerte de la Esfinge dependía de la explicación de un enigma que había planteado en estos términos: ¿Cuál es el animal que por la mañana tiene cuatro pies, dos al mediodía y tres a la tarde?

Edipo, cuya sagacidad corría parejas con el amor a la gloria, presentóse al monstruo, escuchó el enigma y respondió sin titubear: «ese animal es el hombre, que en su infancia anda sobre sus manos y sus pies, en la edad viril solamente sobre sus pies y en su vejez ayudándose de un bastón como si fuera un tercer pie». La Esfinge, furiosa al ver descifrado su enigma, lanzóse desde el peñasco donde se hallaba y se rompió la cabeza contra el fondo de un precipicio.

Edipo después de salvar a Tebas subió al trono y tomó por esposa a Yocasta, de la cual tuvo dos hijos llamados Etéocles y Polínice y también dos hijas, Antígona e Ismene.

Muchos años habían transcurrido desde su matrimonio cuando se produjo en Tebas una peste que atacaba por igual a hombres y animales y que resistía a todos los recursos de la ciencia, a las plegarias y a los sacrificios. El oráculo, que era el refugio común de los desgraciados, declaró que la Beocia no quedaría libre de tal calamidad hasta que el asesino de Layo fuese descubierto y arrojado del reino. Edipo, que ignoraba el nombre y la calidad del anciano a quien en otro tiempo había dado muerte en la Fócide, ordenó que se practicasen las más escrupulosas averiguaciones a fin de poder hallar el asesino de Layo, y éstas dieron por resultado aclarar tres hechos horribles: que el propio Edipo era el asesino señalado por el oráculo, que Layo era su padre y Yocasta su madre. La abrumadora revelación le causó una desesperación sin límites y, creyéndose indigno de ver la luz del día, se sacó los ojos con la punta de su espada.

Expulsado de Tebas por sus dos hijos, se dirigió al Ática, falto de todo, durmiendo sobre la dura piedra y mendigando su pan de puerta en puerta. Acompañábale Antígona, su hija primogénita, guiando los pasos inciertos del anciano ciego y endulzando con tiernas caricias los horrores de su situación. Al llegar cerca de Colona, pueblecito vecino de Atenas, se internaron en un bosque consagrado a las Euménides, cuyo acceso estaba prohibido a los profanos. Algunos de los habitantes de la floresta, sorprendidos al ver allí al rey criminal, quisieron obligarle a abandonar aquel lugar y tal vez le hubieran muerto a fuerza de golpes si Antígona con su dulzura y sus lágrimas no les hubiese movido a piedad. Edipo fue conducido a Atenas, y a la mansión de Teseo, quien le recibió afectuosamente y le dispensó una acogida hospitalaria acabando allí el resto de sus días.

Por otra parte, desde que Edipo abandonara a Tebas, su patria, había lanzado sus maldiciones contra Etéocles y Polínice, pidiendo al cielo que estos ingratos tuviesen que disputarse a mano armada el cetro que le arrancaban. Para prevenir los efectos de tales imprecaciones, los dos hermanos no quisieron gobernar a la vez y convinieron en que alternativamente por espacio de un año, uno de ellos se ausentaría de Tebas y que entretanto el otro reinaría. Etéocles, que era el mayor, subió al trono el primero, pero al llegar el tiempo convenido negóse a abandonarlo. Polínice enfurecido al sentirse engañado, se retiró a casa de Adrasto, rey de Argos; éste le dio su hija en matrimonio y le prometió ayudarle con dinero, darle un ejército y conducirlo a la victoria. Tebas fue bloqueada por las tropas de Argos mandadas por siete valerosos capitanes llamados, por antonomasia, los siete jefes: Adrasto, rey

¹⁶ Creonte era hermano de Yocasta.

de Argos; sus yernos Polinice y Tideo, el adivino Anfiaras, Capaneo, Partenope e Hipomedón. Etéocles, por su parte, confió la defensa de las puertas de Tebas a igual número de hábiles generales. Después de diversos combates no decisivos, los dos hermanos decidieron acabar la guerra con una lucha cuerpo a cuerpo entre ellos y a presencia de los dos ejércitos; en este duelo murieron uno y otro.

Elevado Creonte a jefe del gobierno, prohibió, bajo pena de muerte, a todos los tebanos que dieran sepultura a los enemigos tendidos en el campo de batalla, y nadie se atrevió a contravenir la orden. Solamente Antígona, hermana de Polinice, menos sensible al temor de la muerte que al deseo de rendir a su hermano los honores fúnebres, burló la vigilancia de los guardas, salió de Tebas aprovechando la noche, buscó el cuerpo de su hermano y lo quemó. Sorprendida en tan piadoso oficio fue condenada a ser enterrada viva, pero ella se anticipó a su suplicio estrangulándose. Hemón, hijo de Creonte, que amaba a Antígona, precipitóse sobre el cadáver de la heroica princesa y allí mismo se dio la muerte a puñaladas.

19. Tideo

El famoso guerrero TIDEO era hijo de Eneo, rey de Calidonia. Desterrado de su patria por un homicidio involuntario, encontró honroso asilo en la Argólida al lado del rey Adrasto que le dio en matrimonio una de sus hijas: la segunda acababa de desposarse con otro príncipe fugitivo, Polinice, hijo de Edipo.

Cuando Adrasto puso en pie de guerra su ejército para defender los derechos de Polinice al trono de Tebas, Tideo fue uno de los principales jefes del mismo, pero antes de romper las hostilidades, Adrasto, como prudente monarca, intentó mover a Etéocles a sentimientos de paz y de justicia y a este fin envió a Tideo a la corte de Tebas como embajador. La juventud guerrera de la ciudad se entregaba entonces a combates gimnásticos, como preludio de los crueles de Marte. Tideo, previa invitación a tomar parte en ellos, descendió a la liza y salió vencedor en todas las pruebas. Los espectadores prorrumpieron en muestras de admiración, pero sus rivales se sintieron hasta tal punto celosos y despechados por su derrota, que resolvieron prepararle emboscadas cuando retornara a su tierra y matarle. Tideo, después de haber resuelto con éxito sus negociaciones, tomaba confiadamente el camino de Argos cuando, de improviso, fue asaltado por cincuenta jóvenes tebanos completamente armados, a los cuales resistió bravamente. Ayudado por cinco amigos y protegido por Minerva supo evitar tan hábilmente sus acometidas y ganarles ventaja que, después de una lucha sin precedentes, exterminó el grupo de cobardes agresores. Sólo uno quedó con vida para que llevara a los tebanos la noticia detallada del desastre.

Durante el sitio de Tebas, Tideo demostró aun más su arrojo dando muerte con su lanza a muchos generales enemigos. Al fin, también fue él alcanzado por una flecha que le disparó Melanipo, hijo de Artaco. La herida era profunda y los dolores agudísimos, pero el deseo de venganza reanima sus fuerzas, y tomando un dardo lo lanza contra su adversario derribándole. Este último esfuerzo agota a Tideo, cuya sangre mana abundantemente por la herida. Sus amigos lo depositan en una altura, lejos del campo de batalla. Angustiado al ver que no puede ya combatir, ruega a los que le rodean que corran a recoger el cuerpo de Melanipo y lo traigan a su presencia. Capaneo se lanza en medio de la pelea y ve a Melanipo que yace en el polvo; lo recoge con vida aún, lo carga sobre sus espaldas y emprende veloz carrera. Tideo al ver a su enemigo siente como si la vida le brotara de nuevo, y en la exaltación de su alegría feroz hace decapitar al moribundo, coge entre sus manos su cabeza ensangrentada, la despedaza con sus dientes, abre el cráneo y arranca el cerebro. Minerva que acudía para socorrer a Tideo y devolverle

su vigor prístino, se indignó tanto al ver tal barbarie, que le deja abandonado a su destino y así exhaló el último suspiro.

20. Anfiarao

ANFIARAO, célebre adivino y general del ejército, invitado por Adrasto a que se uniera a los batallones que se aprestaban para sitiar a Tebas, negóse a partir y se escondió, persuadido de que había de encontrar su muerte junto a los muros enemigos. Polinice, interesado más que ningún otro en el éxito de la guerra, se dirige a Erifile esposa de Anfiarao, y le promete un collar de oro cuajado de diamantes si quiere revelar a las gentes de Argos el lugar en que se oculta su marido. La avaricia de esta mujer no puede resistir al cebo del oro y Anfiarao es indignamente traicionado. Este antes de partir hace jurar a su hijo Alcmeón que, en el mismo instante que sepa su muerte, mate a Erifile. En efecto: Anfiarao pereció en los comienzos de la expedición, pues Júpiter le hirió con un rayo precipitándole desde lo alto de su carro en las entrañas de la tierra. Sabedor Alcmeón de la fatal desgracia, cumplió la orden que recibiera y empapó sus manos sacrílegas con la sangre de su madre.

Tributáronse a Anfiarao honores divinos y en el Ática le fue erigido un templo cuyo oráculo era tan famoso como el de Delfos. Para consultarlo era preciso purificarse, abstenerse de tomar alimento durante veinticuatro horas y privarse de vino durante tres días: inmolábanle inmediatamente un carnero, extendíase en el suelo su piel y después de dormir sobre ella recibían durante el sueño la respuesta del dios.

21. Capaneo. Partenoqueo

CAPANEO, príncipe de Argos, era esposo de Evadne. La historia lo presenta como hombre impío y blasfemo. Ante los muros de Tebas se jactaba de que tomaría la ciudad aunque Júpiter y todos los dioses juntos la defendiesen. Sobre su escudo llevaba por emblema un hombre desarmado que sostenía con la mano una antorcha, con esta divisa grabada en letras de oro: «Yo incendiaré a Tebas». Cansados los dioses de sus criminales jactancias, rogaron a Júpiter que le castigara, y éste le hizo perecer herido por un rayo. Su esposa, que le profesaba el más tierno afecto, no pudiendo sobrevivirle y aprovechando el momento en que su cuerpo era quemado en la hoguera, se lanzó a las llamas siendo por ellas consumida inmediatamente.

PARTENOPEO, príncipe arcadio y uno de los siete jefes, era joven, amable, de encantador aspecto; ganábase los corazones por su ingenio y por su gracia. Intrépido y valiente ante el enemigo, dulce y modesto con sus iguales, fue un hombre austero y hasta su muerte el modelo de los héroes de su patria.

22. Los Epígonos¹⁷

Con este nombre se designan los primogénitos de los siete jefes, que perecieron en la expedición contra Tebas, excepto Adrasto.

¹⁷ Epígonos significa en griego *Descendientes*. Diomedes, hijo de Tideo, es el más célebre de los Epígonos.

El ideal de los EPÍGONES era vengar a sus padres y tomar la ciudad de Tebas. Llevando por general al hijo de Anfiarao, Alcmeón, libraron un sangriento combate junto al pueblo de Glisas en el que el rey enemigo Laodama, que era hijo de Etéocles murió a manos de Alcmeón. Consternados los tebanos al saber su muerte consultaron a Tiresias sobre el partido que debían tomar ante tan funesta coyuntura, y el adivino les aconsejó que entregaran la ciudad. Los vencedores entraron en ella y la saquearon. Tersandro, hijo de Polinice, en quien recaía el derecho al trono de Tebas, tomó posesión de él y lo ocupó hasta su muerte sin quebranto alguno.

23. Minos II. Dédalo

MINOS II, rey de Creta y nieto de Minos I, tomó por esposa a Pasifae, hija del Sol. En el primer año de su reinado cometió la imprudencia de negarse a ofrecer a Neptuno un toro que había prometido inmolarle. El dios para castigarle sembró su vida de desgracias. Sus hijas Fedra y Ariadna, perecieron víctimas de su pasión; su mujer Pasifae dio a luz al Minotauro, monstruo medio hombre y medio toro, que se alimentaba de carne humana; su hijo Androgeo le fue arrancado por una muerte prematura.

Androgeo, que estaba dotado de especial habilidad para los ejercicios del gimnasio, había acudido a Atenas para optar al premio de la lucha, la carrera y el pugilato que se celebraban con motivo de las fiestas de Minerva. Los más famosos atletas del Ática y de Megara habían acudido con el mismo fin. Androgeo fue el único vencedor y obtuvo todos los premios. La gloria y las coronas por él ganadas, excitaron la envidia de sus rivales que le hicieron asesinar cuando iba a embarcarse con rumbo a Creta. Minos, enloquecido de furor, juró vengar a su hijo. Presentóse a los príncipes vecinos para solicitar su alianza, armó una flota y se dirigió a sitiar a Megara. Escila, hija de Niso, rey de esta ciudad, al divisar desde lo alto de la ciudadela al rey de Creta al frente de sus soldados, sintió por él vivo afecto. Tenía Minos figura apuesta y distinguida: Escila, para agradarle, no tuvo reparo en hacer traición a su padre y a su país. La suerte de la ciudad de Megara dependía de un cabello purpúreo que Niso conservaba en su cabeza con sumo cuidado. Escila se lo cortó mientras estaba durmiendo, y lo ofreció a Minos como prueba inequívoca de su ternura. El mismo día fue tomada la ciudad, pero la perfidia de Escila causó tanto horror a Minos que éste no quiso dirigirle la palabra ni aun verla. La desgraciada, muerta de vergüenza se precipitó en el mar, pero los dioses la sostuvieron un momento en su caída y la convirtieron en alondra; su padre, a su vez, convertido en gavilán continuó persiguiéndola encarnizadamente.

Temiendo Atenas que no le cupiese la misma suerte que Megara, pidió la paz, que Minos le concedió a trueque de una condición cruel, exigiendo que durante nueve años consecutivos los atenienses le enviasen siete jóvenes y otras tantas doncellas para que sirviesen de comida al Minotauro.

Mientras tanto el artista ateniense DÉDALO, que por orden de Minos había construido el laberinto de Creta, moraba en esta ciudad con su hijo Icaro, y pagaba con ingratitudes la hospitalidad que Minos le otorgaba favoreciendo las andanzas criminales de Pasifae, mujer intrigante y apasionada.

No pudiendo Minos contener más su cólera encerró a Dédalo y a Icaro en el laberinto, quedando así largo tiempo cautivos en la inextricable morada, en la que debían acabar sus días. Dédalo, cuyo genio corría parejas con su audacia, pensó un medio para escapar de su prisión, y bajo pretexto de querer ofrecer un regalo a Minos, pidió a sus carceleros cera y plumas y con ello se construyó unas alas; pruébalas, se balancea en el aire, ya puede partir. Entonces dirigiéndose a su hijo le dice: «Hijo mío;

vuela con prudencia y guarda siempre en los aires una distancia conveniente. Si te elevas demasiado hacia el sol, su calor fundirá la cera de tus alas; si vuelas demasiado bajo, la humedad del mar las hará en extremo pesadas para tus débiles fuerzas. Evita uno y otro extremo y sigúeme sin cesar». Diciendo estas palabras, Dédalo ajusta las alas a las espaldas de Icaro, no sin verter lágrimas de temor.

Icaro se levanta con vuelo tembloroso hacia nueva ruta; vacila, se estremece. Poco a poco cobra bríos y a poco ya no teme a nada, abandona su guía y se lanza hacia las altas regiones del éter. Entonces las ligaduras que sujetan sus alas se aflojan; el calor del sol derrite la cera, las plumas se desprenden, y en el momento en que lanzando un grito de espanto llamaba a Dédalo en su socorro, cae y encuentra la muerte en el mar que según su nombre fue denominado *icario*.¹⁸

Esta fábula por su sentido natural significa que Dédalo, que durante su cautiverio inventó el arte de poner velas a su barca, pudo así escaparse de la isla de Creta tomando ventaja a los navíos de Minos que le seguían a fuerza de remos. El bajel de Icaro, mal dirigido, chocó contra los escollos y quedó destrozado.

Dédalo prosiguió su peligrosa carrera y vino a desembarcar en Cumas, en Italia, y allí levantó un templo en honor de Apolo. De aquí marchó a Sicilia donde reinaba Cócalo, que le ofreció asilo y protección. Encarnizado Minos contra el fugitivo, no tardó en presentarse con su flota ante las costas de Sicilia y requirió de Cócalo que le entregara al prisionero. Negóse el príncipe y como Minos insistiese con amenazas, propúsole que desembarcara y viniera al palacio para acabar este asunto con amistoso arreglo: Cócalo decía esto en sentido muy distinto. Minos que desde su bajel apenas entendió nada, aceptó la proposición y acudió a la regia morada, donde fue recibido con los más grandes honores. Estos honores, empero, encubrían un engaño, pues llegado el segundo día fue conducido a una sala de baño donde los esclavos le retuvieron tan largo tiempo que el vapor del agua en ebullición le asfixió.

¹⁸ Este mar se extiende entre las islas de Quío, Sarmos, Patmos, Naxos y Miconia.